

# La ensayística hispanoamericana como espacio de traducción cultural



**Dra. Rita de Cássia Miranda Diogo**

## 1. Ensayo y traducción cultural

El presente trabajo tiene como objeto demostrar la importancia del papel del ensayo en cuanto espacio de crítica cultural desde el cual los escritores hispanoamericanos llevan a cabo lo que llamamos aquí de traducción cultural. Para tanto, lo hemos dividido en tres tópicos: primeramente, destacaremos la función social del ensayo, pasando entonces a analizarla a partir de la perspectiva del ensayo hispanoamericano; luego, observaremos algunos rasgos que componen lo que llamamos hoy día postmodernidad, específicamente en cuanto al dominio de los medios de comunicación de masa y a la consecuente manipulación a la cual está sometida todo tipo de discurso, incluso el discurso crítico. Finalmente, volveremos a los orígenes del ensayo, a fin de destacar su carácter híbrido, que lo convierte en un espacio adecuado para acoger la pluralidad y la multiplicidad de las culturas latinoamericanas, es decir, para traducir su complejidad.

La necesidad de la traducción forma parte de la realidad de países postcoloniales, cuyo proceso de conquista y colonización les sometió a largos años de dependencia política, económica y cultural. El deseo de alcanzar un camino autónomo y auténtico en todos los niveles, les hizo a estos pueblos ir más allá de la simple reproducción de lo creado e impuesto por las matrices colonizadoras. Al invés de copiar, los escritores hispanoamericanos se empeñarán en traducir dichas creaciones para el lenguaje complejo de culturas híbridas, donde el elemento europeo se mezcla a las valiosas contribuciones indígenas y africanas.

En este sentido, el ensayo representará un importante vehículo a través del cual los intelectuales de la América Española expresarán la preocupación y la urgencia de traducir su propia cultura, poniendo de relieve sus reflexiones, dudas y opiniones, buscando leer lo suyo sin perder la perspectiva de lo ajeno, tal como lo afirma Alfonso Reyes en uno de sus más conocidos ensayos:

... nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestras tierras como ya lo he dicho, es naturalmente internacionalista. Esto se explica (...) también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. (REYES, A. 1985, p. 333-42)

### **1.1. El ensayo y su función social**

Según M<sup>a</sup> Elena Cruz, si consideramos el ensayo como una clase de texto perteneciente al género argumentativo, verificaremos que la proposición que define su tema o tópico es: “*x* quiere probar *z* (y para ello utiliza *h*, *i* *j* ...)” (CRUZ, 1997, p.432) de modo que tenemos aquí una proposición de índole semántica que lleva implícito un propósito pragmático, es decir, el intento de obtener que en el receptor se opere una modificación, cuyo éxito dependerá tanto de la credibilidad y consistencia de las diferentes pruebas como del tipo de actos auxiliares que predominen en las categorías de la superestructura textual. Como vemos, el ensayo no es absolutamente gratuito, sino que tiene una clara proyección “práctica” o “activadora”, cuyos mecanismos buscan persuadir el receptor de lo bien fundado de las ideas expuestas, dejándolo libre para llegar a sus propias conclusiones. Así, es propio del ensayista justificar un punto de vista subjetivo sobre un tema general partiendo de la premisa implícita de que, dada la complejidad de lo real, su perspectiva no es ni la única ni la definitiva, como bien podemos observar en la siguiente cita de Montaigne:

Pues aquí están mis sentimientos y opiniones; entrégolos en tanto constituyen lo que yo creo, no porque deban ser creídos. Sólo intento poner al descubierto mi manera de ser, que podría ser otra mañana si un nuevo aprendizaje me hiciera cambiar. Carezco totalmente de autoridad para ser creído y tampoco deseo serlo, pues me siento demasiado mal instruido como para instruir a otros. (MONTAIGNE, 1985, p. 200)

Vemos con Montaigne como el ensayista antepone su vocación reflexiva a su intención persuasiva, o sea, como antepone la coherencia interna de su pensamiento a la virtual

adhesión de su receptor: cuando argumenta, lo que pretende es no tanto convencer cuanto establecer justeza de una actitud, un razonamiento, una conclusión. En este “juego”, busca mostrar la validez de su idea subjetiva a través de pruebas que justifiquen su credibilidad, a la vez que intenta persuadir al lector de la necesidad de pensar acerca de la misma a partir de sugerencias que se le ofrecen. Éste está libre de asumirla, rechazarla, matizarla, etc., de en fin tomar sus propias decisiones, mientras enriquece su saber respecto al mundo de la política, el arte, la ciencia, la moral ... Así, al intentar alterar de alguna manera nuestro sistema de creencias o de conocimientos, siempre al margen de cualquier intención pedagógica o didáctica, el ensayo nos revela un doble carácter dinámico, ya que esta función activa exigirá la presencia de un lector también activo.

Podemos pues concluir, que la eficacia del ensayo está exatadamente no en su pretensión de lograr el asentimiento definitivo del receptor e inducirlo a que adopte una posición concreta, en convencerlo, sino en conseguir despertar a cada paso su capacidad reflexiva, como constantemente lo confirma Unamuno: “No espere el lector hallar aquí más que indicaciones y sugerencias, meros puntos de reflexión que ha de desarrollar por sí mismo” (UNAMUNO, 1963, p.11).

Así es que en su dimensión abierta y evocadora, el ensayo revela su función social, es decir, la capacidad de influjo de una visión personal de un individuo ante su mundo en el funcionamiento o comprensión general de una sociedad.

## **1.2. El ensayo hispanoamericano: espacio de búsqueda y emancipación**

El ensayo hispanoamericano constituye un caso paradigmático de la presencia de esta clase de texto en su función social, ya que durante muchos años estuvo orientado específicamente a pensar los problemas sociales, políticos y económicos, desde el debate de la cuestión de la identidad nacional de sus culturas. El ensayista hispanoamericano es pues un ejemplo típico del ensayista abierto a su momento histórico, despertando con su espíritu crítico las conciencias de sus contemporáneos; y esto siempre como observador, espectador, manteniendo la distancia necesaria, capaz de permitir una interpretación del presente teniendo en cuenta el pasado a la vez que inquiere sobre el futuro. Según J. Loveluck, el ensayo en Hispanoamérica, desde *Ariel*, de José Enrique Rodó, al filo del

novecientos, se configura en definidas notas instrumentales, sean ellas de lucha, testimonio, queja o desposesión, pasando en el siglo actual a asumir un carácter más militante y luchador, en el cual, el ensayista pone su ideología al servicio de una causa y por las condiciones continentales - las de las naciones aún sometidas a formas de colonización - optando por una forma literaria comprometida con la denuncia y la exploración de su pueblo (CRUZ, 1997, p. 411).

Sin embargo, esta vocación más pragmática centrada en la reflexión de problemas muy concretos no implica una actitud didáctica, pues aunque el ensayo hispanoamericano tenga una pretensión transformadora y esté más ideologizado, el trabajo del ensayista se orienta hacia la incitación, la iluminación, asumiendo siempre una postura distante de toda catequesis laica o religiosa. Por otro lado, esta postura más que una opción se configuró como la única vía posible de crítica, ya que los ensayistas hispanoamericanos, y aquí la ensayística se aproxima a la ficción desarrollada por estas culturas, tuvieron que buscar un discurso, cuyo esquema mental subyacente fuese, si no opuesto, por lo menos diferente del que sirve de base al discurso del colonizador, es decir, esencialmente didáctico y doctrinal, que tiene como fin más bien convencer que iluminar, reduciendo en lo posible todas las divergencias interpretativas.

El desarrollo del ensayo hispanoamericano pone al descubierto una característica específica a esta clase de textos, o sea, su adecuación a épocas críticas, en las que el saber constituido, la ciencia oficial, está bloqueado, incapaz de integrar en un todo nuevas relaciones. En este momento, el ensayista debe asumir su papel en la sociedad, alertando sobre los configuradores de cada época, descubriendo perspectivas desde las que se pueda reordenar la realidad. Una posición sólo posible para los que permanecen al margen de los sistemas organizados, desde donde pueden expresar algo nuevo, distante de las ideologías del momento. Así, tal como el ensayista, su objeto, el ensayo, bien como todos los tipos de texto pertenecientes al género argumentativo, siempre estuvieron al margen de la tríada canónica (género lírico, épico-novelesco y dramático-teatral), a pesar de su presencia haber sido siempre decisiva en la literatura hispanoamericana, llevando Alfonso Reyes, uno de sus grandes críticos, a calificar la línea central de esta literatura como “ancilar” (RETAMAR, 1984, p. 56).

Una vez más, estamos no ante una simple opción, sino ante una exigencia, resultado de un contexto social, cultural y político específico, en el cual sólo un texto de tipo abierto serviría para sus objetivos de reivindicación, concientización, de búsqueda de "lo hispanoamericano". Frente al método español de la confianza en las autoridades, que predominó en este país hasta el siglo XVIII, y más adelante, frente al método cartesiano de discurso traído por el Iluminismo, y asumido tanto por Europa como por Norteamérica, la América Hispánica debió orientarse hacia el método de la duda que permitió el nacimiento de la ciencia moderna.

### **1.3. Globalización y Postmodernidad: el ensayo ante la muerte del discurso crítico**

Uno de los paradigmas de lo que conocemos como postmodernidad es la exarcebación de lo que ya caracterizaba la modernidad: el dominio sobre todas las instancias de la sociedad de los medios de comunicación de masas. La desaparición del discurso teórico-crítico es tan sólo una de sus faces, producto de una creciente organización del consenso, que rechaza todo intento de negatividad, de análisis crítico que osa trascender la actualidad, a fin de asegurar el buen rendimiento de la postindustria y su regla última, la del máximo beneficio. El acto de pensar se reduce así a la simple acción de dar cuenta de lo que hay, con riesgo de no problematizar o interrogar la realidad.

En cuanto al ensayo específicamente, si por un lado la industria cultural ha contribuido a degradarlo en lo que las clasificaciones de librerías llaman de "no ficción", por otro, sus temas muchas veces vienen orientados hacia el comentario siempre superficial de un libro, que más que un análisis, no pasa de publicidad, cuyo objeto es la venta de un producto. El ensayo como intento de dar respuesta a una pregunta desaparece, dejando su lugar a los saberes técnicos y a la cultura "mass-mediática", cuyas ideas no dejan rastro, pues carecen de cualquier soporte imperecedero (CRUZ, 1997, p.450).

Vivimos en medio a la ya conocida y discutida lógica del espectáculo, donde se admite toda posibilidad con tal que ésta sea capaz de acceder a la superficie, a la vista, al teatro de las apariencias, a la puesta de todo en un puro orden de visibilidad. Como bien lo dijo José Brea (BREA, 1991, p. 73), ante el imperio de la transparencia comunicativa, nos resta optar entre dos postmodernismos: el neoacademicista y figurativo, que elige el eclecticismo, lo

indiscriminado; o el radical, cuyo lugar es el de la complejidad, del autocuestionamiento, de la crítica. Dos opciones que acompañan respectivamente dos posturas: los que asumen el modelo de la connivencia, o sea, el de la complicidad con el sistema “mass-mediático”, y que contribuyen para la organización del consenso, buscando siempre la adecuación al estándar regulador del mercado, o el modelo de la resistencia a toda superficialidad, a la simplicidad de lo transparente.

Por todo lo dicho, nos parece que el ensayo, especialmente el ensayo hispanoamericano con toda su tradición de crítica y negación del “status quo”, se configura como un ejemplo perfecto de modelo de resistencia y como tal debe asumir su responsabilidad en una época que, a pesar de la vigencia del discurso de la muerte (muerte de la historia, de las vanguardias, del arte), o exactamente por ello, sigue ofreciéndonos innumerables preguntas, que reprimidas por los ruidos de los media, esperan pacientemente por alguna respuesta.

Por otro lado, en cuanto a la cuestión de la pluralidad tan reivindicada por el discurso globalista, sabemos que este proceso de “recuperación” de lo marginal, ya ampliamente discutido, tiene más que ver con el crecimiento de la industria cultural, es decir, con la extensión desmesurada del dominio de los “mass media” en nuevas esferas sociales o aún con el ensanchamiento del mercado de consumo, que propiamente con el deseo de acceso a un paradigma verdaderamente pluralista. En efecto, el pluralismo como figura de transgresión inaugurado por las vanguardias ha perdido en este proceso de “recuperación” toda su virtud subversiva. En este contexto, la extinción del discurso crítico no pasa de una consecuencia previsible.

Si nos volvemos para los orígenes del ensayo, comprobaremos su carácter eminentemente plural y múltiple, ya que podemos situarlo entre las peculiaridades del sistema de clases de texto vigente en el Renacimiento, en el que había cierta tendencia al hibridismo, la contaminación y la experimentación artística (CRUZ, 1997, p. 449). Espacio de multiplicidad, el ensayo se revela así como un “topos” perfecto para el rescate de una pluralidad auténtica, tal como lo viene realizando desde hace mucho la literatura hispanoamericana. Producto de una intensa mezcla de culturas, la América Hispánica ha entendido el valor de esta clase de texto, utilizándose de ella para traducir, a sí misma y a los demás, su complejidad. Lejos de excluir, encuentra tanto en el ensayo como en la ficción, espacios de construcción de una cultura de tipo incluyente, logrando alcanzar lo

nacional, no por sustracción<sup>1</sup>, tal como lo hizo y lo viene haciendo las matrices colonizadoras, sino por adición, contaminación, hibridismo.

Así, lejos de vivir en un tiempo donde todas las respuestas ya hayan sido dadas, este fin de siglo nos plantea un sin número de interrogaciones, ante las cuales el ensayo, y por ende el ensayista, debe asumir su papel, conquistando la autonomía para una clase de texto imprescindible a toda sociedad democrática.

### **Notas**

1. Hago aquí una referencia al texto de SCHWARZ, no por casualidad un ensayo.  
SCHWARZ, R. (1989) p. 29-48

### **Bibliografía**

BREA, José Luís. *Las auras frías*. Barcelona: Anagrama, 1991.

CRUZ, M<sup>a</sup> Elena. *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*.  
Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

MONTAIGNE, Michel de. *Ensayos*. Madrid: Cátedra, 1985.

SCHWARZ, Roberto. *Que horas são?* São Paulo: Companhia das Letras, 1989.

---